



Manamaná

M^a. Rosario Naranjo Fernández

Ni siquiera han dado las doce y ya hace casi dos horas que la mujer permanece allí, sentada en aquella extraña postura y con una sonrisa tan enigmática como impertinente instalada en el rostro. Tiene la piel muy oscura y la mirada penetrante de quien ha vivido mucho, aunque su gesto no denota a simple vista el cansancio que imprime el paso inexorable del tiempo. Por tercera vez, Javier le advierte que el restaurante no se abre hasta la una, además el concurso se inaugurará más tarde aun, y comienza a apretar el calor.

- Estoy bien, y no tengo prisa -es la lacónica respuesta que le ofrece la desconocida al restaurador, y cuando él le sugiere que quizás tenga otras cosas mejor que hacer que esperar en la puerta, ella se limita a negar tranquilamente con la cabeza.

Javier maldice para sus adentros mientras regresa al interior del local, tiene la inquietante sensación de que aquella vieja loca va a traerle problemas. Ya sabía él que lo del concurso gastronómico no era buena idea. Siempre les ha ido bien con sus tapas, tienen una clientela fija, ¿para qué arriesgar? Pero a Teresa se le ha metido en la cabeza que la mejor manera de combatir la crisis es prevenirla introduciendo algún nuevo plato en el menú y dándose de paso un poquito de publicidad. Con las mujeres no se puede discutir, se lamenta. Después se pone a repasar los cubiertos y a marcar las mesas y se le olvida por qué estaba tan enojado.

oooooooooooooooooooo

Son las dos menos cuarto y en la calle una fila de aspirantes de lo más variopinto charla animadamente mientras sujeta sendas ollas humeantes. Un coro de voces que llega desde el otro lado de la vía se mezcla con los olores de los platos cocinados con las especias, los licores y las plantas aromáticas. Javier y Teresa observan la escena parapetados tras una llamativa cortina de rayas. Óscar, Antonio y María se arremolinan alrededor de ellos.

- ¿Quién es esa negra que preside la fila?

A Javier le da un vuelco el corazón. Ha sido consciente de su presencia durante todo el tiempo, pero que los demás reparen en ella la hace todavía más visible, más real a sus ojos.

- Es sólo una loca molestosa.

- ¿La conoces? -su mujer lo mira con asombro. Todos esperan una respuesta. Si mintiera, podría lograr que la descalificaran para el concurso. Ése sería un modo muy fácil de quitársela de encima y perderla de vista para siempre. Sin embargo, no puede controlar el torrente de palabras que escapa de su boca.

- No la había visto nunca antes de hoy -se oye decir. Después se sienta, contrariado, y apoya la cabeza sobre la mano.

oooooooooooooooooooo

Ha habido dos semifinales y ya quedan solamente cinco finalistas. La negra, que al parecer es cubana y responde al nombre de Adalys, se encuentra entre ellos. Exhibe una sonrisa aun más satisfecha que antes, y Javier descubre que esos dientes grandes y blancos como perlas le resultan tan turbadores como su propietaria. Todo en ella es demasiado llamativo: su pelo rizado, sus ojos oscuros y brillantes, su nariz abultada, su vestido de vivos colores... Pero lo cierto es que a pesar de sus prejuicios tiene que admitir que presenta un plato exquisito al que ha dado el nombre de *Manamaná* y además es atractivo a la vista y embriagador para el resto de los sentidos. Cuando se paladea, parece imposible distinguir los ingredientes que lo conforman: huevo, patata, harina... no, tal vez sémola de trigo, avena, canela, y algo de fruta, mango, papaya, puede ser que al menos medio plátano, zumo de limón y un chorrito de licor de avellanas. ¿Pero puede elaborarse una receta tan rica con una mezcla tan rara?

Javier necesita probar un poco más del *Manamaná*, alarga el brazo, sumerge el cucharón en la comida con mal contenida emoción, y cierra los ojos mientras saborea aquella delicia culinaria... *Manamaná... Manamaná...* lo envuelve una maravillosa paz de espíritu y comienza a experimentar una somnolencia encantadora.

- Estoy perdido... estoy perdido... -acierta a susurrar al tiempo que se deja caer sobre el suelo del piso- ¡Maldita sea! Esta mujer es una bruja...

oooooooooooooooooooo

Javier despierta con una sonrisa plácida dibujada en los labios. Teresa lo está observando, divertida.

- Parece que has tenido una noche agitada.

- ¿He roncado?

- No. Reías y entonabas una singular melodía: *Manamaná... Manamaná...* hablabas de fiesta, de bailes, de alegría.

- ¿Estaba contento?

- Mucho, por lo visto debías estar asistiendo a un almuerzo o una cena entre amigos, porque masticabas.

Javier se incorpora, se agita nervioso, se sacude el cabello de modo compulsivo. Mira a su alrededor, como buscando algo. Finalmente posa la vista sobre una estatuilla que descansa sobre la repisa. Se trata de una figura de barro cocido que representa a una mujer, una especie de hechicera de piel oscura y grandes ojos negros. Sobre las manos sostiene una bandeja repleta de frutas, verduras y otros manjares.

- Esa bandeja, ¿siempre estuvo ahí?

Teresa lo mira de hito en hito. Está desconcertada.

- No sé, tal vez... Ahora no lo recuerdo.

- ¡Haz memoria!

- ¡Javier! ¿Es que te has vuelto loco?

- Por favor, Teresa, es muy importante, piensa... ¿estaba antes de hoy esa bandeja sobre las manos de la negra?

Teresa se queda pensativa unos instantes.

- Pues ahora que lo dices, a lo mejor me estoy volviendo tarumba, pero yo diría que jamás la había visto antes.

Javier sonrío, satisfecho, da un salto de la cama y le tiende la mano a su mujer.

- Vamos, vístete.

- ¿Para qué? ¿Adónde quieres ir a estas horas? ¡Es domingo! -protesta Teresa.

- Vamos al restaurante.

- Pero si lo cerramos hace más de un mes. Mejor descansa, Javier, mañana tenemos un día duro. Tú estás a jornada completa y yo voy a esa entrevista de trabajo en el barrio alto.

- No, Teresa, lo de la carnicería se acabó, y tú no vas a ir a esa entrevista para fregar suelos. Ahora mismo empezamos a arreglar el restaurante para reabrirlo en las próximas semanas. Tengo una idea, ¿sabes? Para nosotros se acabó la crisis, te lo prometo, Teresa, te lo prometo.

Javier toma a su mujer de las manos y la obliga a dar saltos y a girar y girar por toda la habitación mientras entona aquella dulce cancioncilla con voz desafinada: *Manamaná... Manamaná...*

- ¡Estamos salvados! ¡Salvados!
